

También...también

La danza de las opciones



Robert Marcuse

ECOE EDICIONES



Robert Marcuse

Si bien nació en Bruselas (Bélgica), Robert Marcuse vivió sucesivamente en Palestina, Holanda, Uruguay, Argentina, Venezuela, Estados Unidos y Perú. Escribe principalmente en español, aunque domina el francés y el inglés.

Siguió los pasos de su padre que era también banquero. Marcuse escribió varios libros exitosos sobre temas financieros (dos de los cuales fueron publicados por esta editorial), pero nunca literatura, produciendo cuentos y novelas.

Su libro de interés general *La importancia de las cosas sin importancia* fue muy bien recibido en América Latina. Uno de los cuentos de la serie titulada *Cuentos de verdad y de mentira* fue publicado en una antología de cuentos para jóvenes (Edit. Argentina Sudamericana).

Su primera novela *Con la punta del dedo* está basada en las experiencias que vivió durante la Segunda Guerra Mundial. En esta, su segunda novela, *También... también*, en un estilo ligero, Marcuse retiene nuestra curiosidad creando personajes que se le escapan y empiezan a vivir por su cuenta. Aborda temas que nos preocupan a todos, pero que nos cuesta aislar y precisar. Sin buscarlo expresamente, el autor nos revela en este libro las preocupaciones profundas de su filosofía existencialista.

También...también

La danza de las opciones

Robert Marcuse

Colección: Literatura

Área: Narrativa

Primera edición: Bogotá, D.C., septiembre de 2006

ISBN: 978-958-648-456-4

© Robert Marcuse

E-mail: rmarcuse@bellsouth.net

© Ecoe Ediciones

E-mail: correo@ecoeediciones.com

www.ecoeediciones.com

Carrera 19 No. 63C-32, Pbx. 2481449, fax. 3461741

Coordinación editorial: Alexander Acosta Quintero

Fotomecánica: Imagen Gráfica

Carátula: Cristina Castañeda

Impresión: Editorial Kimpres Ltda.

Calle 19 Sur No. 69C-17, Pbx, 4136884

Impreso y hecho en Colombia

“A tí, por compartir la fuerza de mi soledad”

Opciones

Hoy se llama Mario Miranda. Mañana, ¿quién sabe? ¿Y ayer?

Hay quien cree en la reencarnación. Mario, como todo el mundo, a veces tiene esa sensación de algo ya vivido. Pero eso no prueba nada. En el mundo somos cada vez más numerosos. No hay suficientes almas del pasado para abastecer tantos cuerpos. O entonces hay que crear almas nuevas sin experiencia previa. Los reencarnados le llevarían una gran ventaja a los novatos, lo cual sería injusto. Eso tampoco es determinante, porque la justicia no parece ser la característica predominante del universo. De todos modos, visto la imposibilidad de estar seguro de nada, ni siquiera de la identidad propia, lo mejor es actuar como si no hubiese pasado y hoy fuera para siempre. Lo lógico, y lo importante, es levantarse, ponerse las pantuflas, hacerse el desayuno, y falta de pruebas en contra, ser Mario Miranda, al menos hoy.

Mario es soltero. Visto que no logró casarse, por escasez de personalidad y carisma, se convenció de que le gustaba ser soltero, que ésa era la única manera

de conservar su individualidad e independencia. En lo cual, sin saberlo, tenía razón. Pero si hubiese sido honesto consigo mismo, lo cual es todavía más difícil que serlo con los demás, habría confesado que deseaba desesperadamente el matrimonio, y conste, no sólo por la actividad sexual implícita en el mismo, sino para que alguien tomara por él todas esas decisiones agotadoras que se deben tomar a diario para seguir viviendo.

Todos los días al afeitarse, Mario confrontaba el horrible dilema de si debía conservar su bigote o eliminarlo. En verdad, si lo conservaba no era porque había logrado decidir algo al respecto, sino todo lo contrario. Al no poder llegar a una conclusión sobre el asunto, el bigote sobrevivía porque ya estaba allí, debajo de una nariz cuyo largo excesivo subrayaba. Además, Mario sabía, o le habían dicho unos amigos que eran conocidos, que hay muchas mujeres que gustan del bigote porque les hace cosquillas cuando las besan. Pero para comprobarlo, primero hay que obtener el beso.

Mario toma té al desayuno, no le gusta, pero lo considera más sofisticado, y no sabe hacer un buen café. Lo que sí sabe es preparar dos huevos fritos. Los come porque le apetecen, a pesar del colesterol o, ¿quién sabe? justamente por el colesterol. Por suerte los científicos no logran ponerse de acuerdo, y lo que ayer era malo para la salud, hoy es altamente recomendable. Basta que los proveedores del

producto de consumo calumniado se pongan de acuerdo para financiar estudios al respecto que, por ser objetivos y libres de influencias interesadas, demuestran lo equivocado que estaban todos los estudios anteriores.

Mientras se enjabona bajo la ducha, restos de sueño se desprenden de su cuerpo, revelando su desnudez diurna. Como todos los miércoles, Mario piensa «¡ojalá fuera viernes!», a pesar de que nunca sabe que hacer con el sábado ni con el domingo. Estos dos días que tanto ambiciona, son los peores de su semana, porque si bien se aburre todos los días, sólo los sábados y los domingos se da cuenta de ello. Lo bueno del fin de semana es que es suyo, que bostezando o no, vuelve a existir. Los demás días no. Comparte el resto de la semana con los colegas de la oficina. Todos tienen una personalidad bien definida, dibujada a trazos gruesos, que se superpone, y eclipsa a la suya. Él queda como borrado, convertido apenas en un pensamiento, sin cuerpo, sin peso. Y cuando despierta del día de trabajo es como cuando despierta de un sueño o una pesadilla, sabe que tuvo lugar, le queda el sabor amargo o la angustia, pero no recuerda nada. ¿Les pasará lo mismo a los demás? Quizás a otros tipos tímidos o indecisos como él. Cuando mucha gente se junta en un lugar, cada uno trata de ser el centro de atención, y para lograrlo se mueve a empujones, se codea con los demás, los pisotea, los odia y a

veces los mata. Cuanto más numerosos somos en el mundo, menos somos en realidad, porque unos pocos ocupan todo el lugar. Mario suele pasar los fines de semana solo. Deambula de cuarto en cuarto sin rumbo, pero siempre se vuelve a encontrar, porque nadie más lo distrae. Tiene tiempo para contemplarse en el espejo. No porque sea narcisista, en verdad no se quiere. Pero, por lo menos no desaparece, ahí está, tiene esa cara sin afeitarse que lo prueba. Todos sus pensamientos son suyos y no las voces de Juan Pedro, Margarita Ramírez, o de su tío Ramón. Puede pensar cosas tontas y darles el lustre de ideas brillantes, puede afirmar sin que lo contradigan, dudar sin avergonzarse, hacer malabarismos y juegos de palabras absurdos, y toda esta actividad cerebral, como una especie de masturbación mental, o no tan mental, lo define y lo confirma.

Algún día romperá la rutina, hará un viaje, irá lo más lejos que se puede ir lejos de aquí, o sea, recorrerá medio mundo. No más, porque apenas se pasa uno de medio mundo que ya se está de nuevo más cerca de donde se salió, porque, como todos sabemos, nuestra tierra es redonda. Es un proyecto que viene madurando desde hace años. Para una persona imaginativa, un proyecto de viaje tiene muchas ventajas del viaje mismo, y muchos menos inconvenientes. Distrae, entretiene, pero es más barato. No se pasan noches sin dormir en aviones,

ni hay que inyectarse vacunas dolorosas. En un proyecto de viaje es más difícil perderse, o no entender el idioma. Uno no está obligado a comer platos extraños e indigestos. Se pueden planificar visitas a regiones extrañas y seguir comiendo comida casera, dormir en hoteles en nuestra cama y sobre nuestra propia almohada. Y no hay diferencia horaria entre Mario el rutinario y Mario el aventurero.

Anoche tuvo un sueño o una pesadilla, no lo recuerda, y es una lástima porque hay toda una serie de mundos desconocidos ahí dentro que sería apasionante investigar. Porque también los sueños pueden visitarse sin moverse de la cama. Pero debe ser todavía más peligroso que viajar, porque los del sueño son países sin lógica, en los cuales no se puede razonar, ni en español, ni en ningún idioma. Hay neblinas que no se disipan jamás, pozos que no tienen fondo y un sinfín de yos sobre los cuales no se tiene control, que hacen y dicen cosas, que desaparecen para siempre en la muerte del despertar. Cosas que uno olvida o no quiere recordar.

¡Pero, basta de divagaciones! Hay que ir a trabajar. A ganarse el pan, las galletas, los ravioles del domingo, el bife, los chorizos, los cafés, el vino, de vez en cuando el whisky, que bien se lo merece, las papas fritas, el puré, la tortilla, los helados, el merengue y tantas otras cosas ricas. Además tiene que pagar el alquiler, la limpiadora que viene dos veces por semana, la electricidad, la televisión por cable, los taxis cuando

se le hace tarde o pierde el autobús. En verdad está muy mal pagado. Pero para compensar, por espíritu de revancha, logra pasar muchas horas detrás de su escritorio sin hacer nada, simulando trabajar, engañando a todo el mundo. Con lo que, al final, logra que le paguen bastante bien las horas en que, muy a pesar suyo, trabaja realmente.

Ya son pasadas las ocho de la mañana. ¿Tomará el autobús y llegará tarde a la oficina? ¿O tomará un taxi que le costará un riñón?

Primera opción I

Para variar, el ascensor no funciona. No importa, porque él puede bajar "para abajo" por la escalera, pero espera que cuando regrese estará reparado, porque no le gusta tener que subir "para arriba" a pie. Al salir a la calle una mano fría lo agarra por sorpresa. Se siente como un rompecabezas, su cuerpo pierde unidad, las piezas mano y la pieza cara se hielan separándose de un cuerpo todavía calientito. Tendría que haber traído el sobretodo; se va a resfriar. Tiene que elegir entre una molestia futura y una molestia inmediata, como la de tener que volver a subir. Visto que el ascensor está roto elige resfriarse. Pero no hay mal que por bien no venga; el frío lo decide a tomar un taxi, a pesar del gasto. Así, quizás el resfrío será leve, no se convertirá en gripe, y además le conviene ser puntual porque ayer (¿y anteayer?) llegó tarde a la oficina.

Los colegas lo reciben con chistes de mal gusto:

- ¿Te caíste de la cama?
- Buenos días su señoría.
- Miren al gran deportista, ¡vino corriendo todo el camino desde su casa!

– Si tomó un taxi, pasará hambre el resto de la semana.

–¡Pareces estar congelado, seguro que te resfrías y la semana próxima te puedes quedar en casa!

Mario hace caso omiso de los comentarios. Pasa primero por el dispensador de café, para tomar algo caliente. La bebida le quema la garganta, eso es mala señal. No puede dolerle la garganta ya, esto no está previsto para antes de mañana de mañana al levantarse. A menos que el resfrío lo haya pescado ayer. Bueno ya veremos. Entretanto cree que debe ir al baño, no está seguro, pero es más prudente hacerle caso a estas vagas señales, sino tendrá que interrumpirse en medio del trabajo. Mejor ir ahora.

Falsa alarma, lo que significa que deberá volver al baño más tarde. ¡Qué fastidio! No le gusta ir al baño, y menos en la oficina. Es cierto que hace pasar el tiempo, pero sentar sus nalgas desnudas sobre un asiento que ha servido de apoyo a tantas otras nalgas desnudas le repugna. Trata de apoyarse apenas, como si eso hiciera una diferencia. Además le da calambres en las pantorrillas. No entiende como algunos de sus colegas van al baño con un diario y se pasan un largo rato ahí, confortablemente instalados, sin molestarse por esa especie de promiscuidad con el ocupante anterior, sentida en la piel por la tibieza del asiento, o por la necesidad de contener la respiración.

Por fin Mario se instala detrás de su escritorio. No se puede empezar a trabajar de inmediato, bruscamente y sin transición. Primero hay que colocar cada cosa en su lugar: las carpetas por examinar a la izquierda, las cartas urgentes del mismo lado, pero más adelante y sin olvidar colocar encima el pisapapeles, para que las hojas no se muevan ni se desordenen por sí mismas, como tienen la mala costumbre de hacer. Los lápices enfrente de él, por orden de tamaño y de color. El teléfono a la derecha, cuidando que el cordón no impida abrir el cajón.

Ahora, ¿por dónde empezamos? Esto necesita reflexión. No es cuestión de trabajar sin ton ni son. Hay que hacer las cosas en orden lógico. ¿Pero cuál es el orden lógico? ¿Hacer primero lo más importante? Mario prefiere hacer primero lo que menos le molesta, con la esperanza de que no le alcance el tiempo para hacer lo que detesta, y así poder postergarlo hasta mañana.

A las once empieza a sentirse cansado. Para romper la rutina se le ocurre llamarse por teléfono. Marca el número con una ligera angustia, ¿estará en casa? ¿Contestará su voz diciendo que en ese momento no puede atender el teléfono pero que si se deja un mensaje se devolverá la llamada a la brevedad? El aparato suena seis veces, y aparece su voz diciendo exactamente lo previsto. Así que estoy en casa, piensa Mario, pero no quiero contestar porque sé que soy yo el que llama, y no quiero

confesarme que estoy en dos lugares al mismo tiempo. Pero algún día cometeré un error involuntario, mi voz dirá una frase ligeramente distinta de la que grabé, y entonces no tendré más remedio que revelarme la verdad, y entablar una conversación conmigo mismo. Cosa que, de todos modos, ya hago frecuentemente, aunque no por teléfono.

Siente en la nuca la mirada de un colega, la siente como siente las cucarachas aún sin verlas, es un sexto sentido, una especie de radar. Entonces, cree conveniente dejarse un mensaje:

– Soy Mario Miranda, estoy llamándole a las doce menos cuarto, si llega a regresar antes de las doce y media por favor llámeme al 346.333, sino lo volveré a llamar por la tarde. Muchas gracias.

Es la primera vez que Mario se trata de usted, pero para que el llamado parezca profesional es preferible no hablar en un tono demasiado familiar. Además, se debe un cierto respeto a sí mismo, ¿no es así?

La mirada era de Rodríguez. Eso también lo hubiese podido adivinar, por lo tibia y pegajosa. La mirada perfecta para una persona con manos sudorosas.

– ¿A quién llamabas? – pregunta Rodríguez con su acostumbrada falta de discreción.

Mario improvisa un cliente importante, inventa una factura impaga, imagina un error contable, crea

una historia sin mayor interés, que suena verídica porque en esta oficina todas son así. Pero la pregunta fue oportuna y vino bien, ya que estaba por abrir una carpeta que no tenía ningunas ganas de abrir. Ahora, ya no vale la pena. Son casi las doce, y es hora de empezar a pensar en el almuerzo. Dispone de una hora para eso. Tiene dos opciones, hacerse subir un emparedado y una gaseosa, ya que no les permiten tomar ninguna bebida alcohólica en la oficina, ni siquiera una cerveza, o bajar al restaurante de la planta baja, donde tendrá que hacer cola para comer tortilla a la española con una cerveza. No le atrae ninguna de las dos posibilidades. En la oficina el pan tiene un gusto a papel secante, igual que el olor del aire que respira. Las migajas caen sobre el escritorio y se esconden furtivamente entre las carpetas; y no hay un vaso de gaseosa que no vierta parte de su contenido sobre papeles sin trascendencia que, como por arte de magia, se convierten en importantes. El restaurante es poco prolijo, la comida es sosa y, para colmo de males, es probable que Rodríguez se siente a su mesa. Pero de todos modos es mejor que quedarse aquí.

La tarde languidece, le falta imaginación para inventar nuevos pasatiempos que se parezcan lo más posible a trabajo. Mira un artículo en el diario, lo mira fijamente con la frente fruncida en aparente concentración. Y de repente, por casualidad, también lo ve. Una palabra logra salir de la línea para llamarle

la atención, una palabrita que le devuelve la visión. Lee todo el artículo que le habla de China. Cuando lo termina, mira su reloj: pasó media hora. Desgraciadamente la media hora siguiente es mucho más larga, dura como una hora y media, porque mirar palabras sin verlas no hace pasar el tiempo.

Ya que esta mañana llegó temprano, esta tarde tiene derecho a irse temprano.

Esa noche tiene una pesadilla. Se despierta con la misma angustia que deja el encuentro con un loco. El sueño era como una sopa espesa en la que flotaban objetos y personas reconocidas en un remojo de recuerdos sin fechas, sin etiquetas, sin lógica que pueda dar cierta ilusión de realidad. Sentado solo en la cama, Mario enciende la luz, para escapar, para no volverse a dormir, porque, sin querer confesárselo, siente que el sueño no es más que el preludio de la muerte.

Segunda opción I

Tiene suerte, el ascensor funciona, aunque protesta ruidosamente en su lenguaje de chatarra. Es que tiene sus años, y el reumatismo lo corroe. Mario no va a tomar un taxi, prefiere gastar esos pesos en algo más importante. Si camina rápido esas dos cuadras, tiene probabilidades de alcanzar el autobús. No va a correr porque perdería su dignidad, pero redobla el paso. A la media cuadra ya resopla, pero es saludable caminar así, hace circular la sangre. Además hace un frío de pelar y si pierde el autobús tendrá que esperar media hora y llegará tarde a la oficina otra vez.

Cuando llega a la esquina ve al autobús que arranca, después de haber dejado bajar una pasajera. Ahora sí, le convendría correr, pero no puede, le falta el aire, el corazón le sacude el pecho, y el autobús se va lentamente, lentamente, para hacerlo sufrir.

La señora, o la señorita, todavía no lo sabemos, que se apea se queda mirándolo con una sonrisa divertida:

- ¿Perdió el autobús?
- Así es, qué rabia me da.
- No es para tanto, ya vendrá otro.

– ¡Si, pero dentro de media hora!
– ¿Tanto?
– Si, es el número 231. Es una línea con pocos pasajeros.

– Bueno, lo siento por usted, si lo hubiese visto habría tratado de demorarlo, bajándome despacio.

– Muchas gracias, la intención es lo que cuenta.

– De nada. Que tenga un buen día.

Mario siente un escalofrío. Seguro se está por resfriar. ¡Media hora esperando el autobús con este tiempo! Lo único que faltaría es que empiece a llover. Esta debe ser la hija de su vecina; ya la encontró en otras oportunidades. Visita a su madre por lo menos dos veces por semana. Si no llega pronto el autobús esto no va ser un simple resfrío, va ser una gripe o una pulmonía. No me había fijado que tiene una cara muy bonita. ¡Y ahora se me ocurre enfermarme! Y una sonrisa muy simpática. Voy a llegar muy tarde. En realidad me sobraba el tiempo, hubiese podido acompañarla hasta la casa y aprovechar para ponerme el sobretodo. Hubiese podido decirle:

– Su mamá vive en el mismo edificio que yo.

Y ella hubiese contestado:

– ¿Ah, sí?

Y yo:

– Si no le molesta, la puedo acompañar hasta allí.

Y ella:

– No me molesta, pero no veo razón para que se dé esa pena.

– Es que me muero de frío, y así podré buscar mi sobretodo.

– En ese caso no se lo quiero impedir. Es muy gentil de su parte de todos modos.

Qué imaginación la mía. Seguramente se hubiera molestado, me hubiese encontrado atrevido, y yo, como de costumbre, estaría haciendo un papelón.

Su cara y sus manos están rígidas y quemadas de frío, pero son fuertes, valientes, están acostumbradas a estar expuestas a los cambios de temperatura. Pero el viento helado penetra su traje, la camisa, la camiseta y hasta los zapatos. Su pecho, que no está acostumbrado a andar sin protección, se contrae como anticipando el dolor de la tos. Mario se levanta la solapa para cubrir su garganta delicada, se da vueltas y vueltas, para que el viento le pegue alternadamente en el pecho y en la espalda. El único resultado de esta estrategia es convertirlo en un bloque de hielo.

Por fin aparece el autobús. Por primera vez está contento de que esté lleno de bote en bote. Deberá viajar de pie, pero el calor humano lo reconforta. Varios pasajeros estornudan, están evidentemente ya resfriados. De ésta no se escapa, mañana despertará irremediablemente enfermo. ¡Qué le va a hacer!

Ya son casi las diez de la mañana. Paciencia, necesita un café bien caliente, o dos. Aunque eso no lo salvará, ya siente escalofríos por la espalda.

Primero la rutina, poner su escritorio en orden. Es inútil querer trabajar. No puede concentrarse, sólo puede pensar en lo mal que lo pasará mañana, solo en su cama, con fiebre alta y dolores en todo el cuerpo. Tendrá que llamar al médico para que le recete un antibiótico al que no sea alérgico. Vivir hoy el mañana tiene sus ventajas: el hoy pasa desapercibido, ya es mediodía. Pero es una ilusión creer que se gana tiempo; si hoy se vuelve más corto es en detrimento del mañana que se vuelve más largo, porque lo habrá vivido dos veces: hoy y mañana.

Siente una mirada posada en su nuca. La siente como adivina la presencia de una cucaracha sin verla. Es un sexto sentido que no le falla nunca. Se da vuelta: es Rodríguez. Lo invita a ir a comer una tortilla a la española en el restaurante de la planta baja. No tiene hambre y no soporta a Rodríguez. Pero hacemos tantas cosas que no nos gustan para pasar el tiempo.

La tarde languidece. Le es fácil imaginar que se siente cada vez peor. Adquirió esa habilidad de niño, cuando no quería ir a la escuela porque no había estudiado, estaba aterrado al pensar que la maestra lo llamaría al pizarrón, y de repente le dolía la garganta. O, por lo menos eso le decía a su madre. Pero muy pronto se convencía a sí mismo y de verdad empezaba a dolerle la garganta.

Es cierto que hoy llegó tarde a la oficina y le correspondería quedarse hasta más tarde. ¡Pero cuando uno está enfermo!

De regreso, a su apartamento, se siente un poco mejor. Se sirve un buen whisky, el que reserva para ocasiones como esta. Se mete temprano en la cama, bien abrigado debajo de varias frazadas. Espera el sueño que no llega, que no llega... hasta que se despierta sobresaltado, tratando de escapar a una pesadilla. No sabe donde está, y por un momento, no sabe ni quién es. Luego recuerda que ayer se llamaba Mario Miranda. ¿Pero esta noche? ¿Y mañana?

Al despertar recupera el tiempo. En el sueño todo es presente, no existe ni pasado ni futuro. Al regreso, de día, es lo inverso, el presente desaparece estrujado entre el pasado y el futuro.

Primera opción II

El despertador lo desgarró. Parte de su cerebro recupera un brazo y la planta del pie derecho. Sigue sonando, y la estridencia lo arranca poco a poco, dolorosamente, descuartizado, del plomo gris y profundo en el que flotaba. Al retomar conciencia, su cuerpo se delinea y se despega de las sábanas y la frazada. Su cabeza recupera masa propia y deja de ser almohada.

Si no fuera por el reloj, seguro que no se despierta jamás. Nuestra vida depende a veces sólo del buen funcionamiento o de la falla de un pequeño objeto mecánico. El despertador hizo lo que debía hacer, sin emoción, sin importarle nada ni darle trascendencia. Pero Mario le debe este nuevo día que empieza.

Este día improbable, este día ganado sin mérito propio, debe aprovecharlo bien, no puede tratarlo como un día cualquiera, no debe desperdiciarlo como ayer.

A pesar de que hoy su nombre sigue siendo Mario Miranda, se siente revolucionario. Van a producirse cambios importantes en su vida, va a tomar decisiones heroicas. Para empezar abrirá una lata de